



A escala humana

Esta arquitecta catalana, Premio Nacional en 1995 y con proyectos terminados por toda la geografía española y mexicana, defiende una arquitectura comprometida con su entorno y en la que el esfuerzo y la tensión están al límite. Para ella, lo grande y lo sublime se encuentran siempre en la cuerda floja.

TEXTO DE VIS MOLINA FOTOGRAFÍAS DE JASON KEITH

Su carrera ha sido atípica. Fue después de ser pareja sentimental y profesional de Enric Miralles, en 1991, cuando Carmen Pinós inició su andadura en solitario. Lo hizo como directora de un despacho que nunca ha dejado de trabajar, aunque durante años haya recibido más encargos fuera que dentro de nuestras fronteras. Vital, apasionada y optimista, explica cada uno de sus proyectos dejando la piel en sus argumentos, sin escatimar esfuerzos para ser entendida. Ahora está de enhorabuena: acaba de ganar el concurso para llevar a cabo la reforma de la plaza de la Gardunya, en Barcelona, con un proyecto que incluye un edificio de viviendas en el lado norte, la Escola Massana en el lado sur y la urbanización de una plaza de 4.200 m². Su propuesta ha destacado por ser la última gran intervención urbanística en el Raval, así como el primer espacio público del distrito diseñado con sugerencias y aportaciones de sus usuarios.

¿De niña prefería la escuadra y el cartabón a las muñecas?

Sí, a los 13 ó 14 años ya decidí lo que iba a estudiar. Mi padre era médico, pero siempre le habían interesado mucho el arte y la arquitectura y supo transmitirme esa afición. El quería que en casa hubiera algún arquitecto y, como mi hermano mayor no quiso serlo, yo tomé esa decisión. Siempre he vivido la arquitectura no como algo puramente técnico, sino como una ilustración de la vida.

Sigue muy ligada al mundo académico, porque compagina sus obras con clases en distintas universidades, ¿qué es lo que le atrae de la docencia?

Normalmente doy un semestre de Taller de Arquitectura en alguna universidad extranjera, y eso me atrae porque en mi asignatura planteo problemas reales, de los que se encuentran en las obras reales, y mis alumnos han de intentar resolverlos. La investigación junto a gente joven me resulta muy enriquecedora y estimulante, porque me obliga a tener las cosas muy claras para poder dirigirles en sus hipótesis y, a la vez, ellos me ayudan a cuestionarme muchas cosas. El hecho de que además sean universidades extranjeras es un aliciente muy atractivo. He dado clases en Harvard, Columbia, Venecia, Roma...

A juzgar por su trayectoria, debe ser verdad eso de que nadie es profeta en su tierra ¿no?

Bueno, ahora las cosas están cambiando porque cada vez tengo más trabajo aquí. Pero mi historia también ha contribuido de algún modo a ese 'exilio involuntario'. Mi carrera empezó junto a Enric Miralles, que además era mi pareja entonces, y en España se me veía como alguien a su sombra. En el extranjero esto no ocurría. Consideraban que el estudio Miralles-Pinós estaba formado realmente por dos arquitectos, de modo que yo interesaba tanto como él y siempre me dieron la oportunidad de expresarme. Yo lo aproveché y las cosas me salieron bien.

¿El mundo de la arquitectura es especialmente duro para la mujer?

Es duro para todos y obliga a llevar una vida complicada, con el agravante de que se mueve mucho dinero, hay muchos intereses en juego y, por tanto, la presión es muy grande. Ha sido un mundo bastante machista, pero eso va desapareciendo poco a poco. La realidad es que si un arquitecto grita, se interpreta como que tiene carácter, mientras que si lo hace una arquitecta, se la cataloga de histérica. Y si un arquitecto llega tarde, se piensa que está muy ocupado, pero si la que se retrasa es la arquitecta, se dice de ella que es poco profesional. No es justo, pero es así.

Suena a tópico pero... ¿hay una mirada distinta entre un arquitecto y una arquitecta?

Hay una manera distinta de ver la vida en general entre un hombre y una mujer, por su genética, por su historia, por su lugar en el mundo, y estas diferencias existen y son muy positivas. Nosotras siempre hemos ocupado una escala más humana y ellos siempre han sido más estratégicos y abstractos. De esa misma manera, también hay formas distintas de hacer arquitectura, porque trabajar es actuar y comprometerse. Nosotras hasta ahora hemos estado en la retaguardia, pero poco a poco nos hemos ido incorporando a la vida profesional y así le hemos conferido al mundo del trabajo, bastante abstracto en general, una dimensión mucho más humana que la que había.

¿Qué está de moda ahora en arquitectura?

Los grandes nombres, la arquitectura espectacular, el rentabilizar grandes actuaciones a base de darles resonancia en los medios de comunicación, pero todo esto también tiene un techo. Si antes eran los políticos, ahora es la empresa privada la que se da cuenta de que la arquitectura interesa, es rentable y puede estar en revistas y suplementos culturales que llegan a todo el mundo. Yo, que conozco a los grandes arquitectos, también tengo que decir que no son grandes porque sí, sino porque su trabajo es muy consistente. Lo que pasa es que ahora vivimos en un mundo globalizado, y cuando un arquitecto es bueno abarcando diez proyectos, ya no es tan bueno trabajando en 30 a la vez. Yo no me creo los despachos en los que hay plantillas de 200 arquitectos, eso ya es arquitectura industrial, y tanto los empleados como los jefes van desesperados para conseguir encargos y rentabilizar esa máquina. ¿Cómo puede ser, además, que un arquitecto de renombre, que tiene un equipo de muchísimos arquitectos en su despacho y ejecuta 30 ó 40 proyectos al año, esté en todos los congresos, vaya a saludar a la ministra de Cultura y no falte a ningún sarao? Pues porque tiene que ir como un loco poniendo carbón en la máquina para que ésta funcione. Y eso hace que todo, incluida la arquitectura que se hace para masas con criterios de rentabilidad, se banalice.

¿Cómo arranca Carmen Pinós un proyecto?

Empiezo atacando varios frentes al mismo tiempo. Primero me esfuerzo en entender el lugar, la repercusión que puede tener mi actuación sobre el mismo, reflexiono sobre lo que me está pidiendo el entorno, analizo el programa a fondo, escucho al cliente para ver qué es lo que realmente quiere

“Me encanta la responsabilidad cívica de una obra”



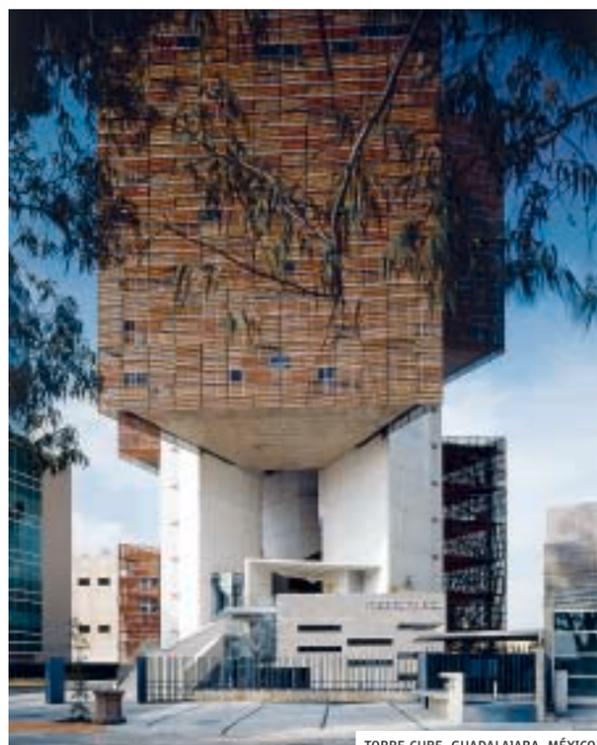
PROYECTO DE REFORMA DE LA PLAZA DE LA GARDUNYA, BARCELONA

“Mantengo un diálogo con el paisaje y siempre intento seguir su ritmo”

y estudio el contexto en profundidad. La arquitectura nunca se forma por elementos aislados, sino que éstos son parte de un engranaje que ya está en marcha, y la intervención del arquitecto dejará ahí su impronta. Hay que controlar esta repercusión y todos estos condicionantes han de funcionar perfectamente sincronizados. Una vez he hecho todas estas reflexiones y estos análisis, realizo un esquema en el que reflejo mis intenciones y mi propuesta de coordinarlas.

Los materiales no son especialmente importantes para usted.

Ocupan el lugar que les corresponde. Yo mantengo un diálogo con el paisaje, intento seguir el ritmo que intuyo que existe en la geografía, como si el espacio fuera una música y yo siguiera sus compases. De ahí vienen, a continuación, los materiales. Reivindico la arquitectura como espacio y lugar de encuentro de las personas, y los materiales deben estar al servicio de esa idea. Antes me encantaba trabajar con maderas, piedras... pero, cuando ves que eso implica talar muchísimos árboles o hacer enormes agujeros en la cantera, te vas frenando y buscas materiales alternativos. Ahora estoy usando terracotas, resinas, hormigón con resinas... Son materiales ligeros y de montaje fácil. Hay que ir combinando las nuevas invenciones con las tradicionales.



TORRE CUBE, GUADALAJARA, MÉXICO

Cuando el paisaje no es geografía, sino realidad social, ¿cómo se siguen esos acordes musicales?

El arquitecto ha de ser un buen observador, tanto para captar el ritmo del paisaje, como la atmósfera y sus habitantes. De su observación deduce y descubre lo que todo ello le pide.

Una de sus últimas obras, la Torre Cube en Guadalajara (México) le ha valido muchos elogios, el premio Arqcatmon concedido por el Colegio de Arquitectos de Catalunya y el ser ahora finalista en la Bienal Iberoamericana. ¿La ve como la consagración de su carrera en solitario?

La obra es un resumen de mi trayectoria profesional, y una reafirmación de mi etapa como directora del despacho. Ha sido una experiencia muy bonita, en la que todo el equipo ha trabajado intensamente y en la misma dirección. Es imposible un proyecto sólido si no hay una buena coordinación entre la constructora, el cliente y el arquitecto.

¿Qué siente al verla acabada y en uso?

La verdad es que me gusta mucho. Se trata de una torre de despachos con una gran versatilidad. Al no tener pilares y gozar de ventilación por los dos lados, cada despacho es distinto, funciona por libre y eso le confiere mucha singularidad al edificio.

¿Cómo es la arquitectura de Carmen Pinós?

Me gustaría que se dijera que la mía es una arquitectura medida. Para mí es importantísimo encontrar la medida en todo, en la vida, en la profesión... Ahora he ganado el concurso para reformar la plaza de la Gardunya en Barcelona y de lo que más orgullosa me siento es de haber dado con la medida de la actuación. Y así me gustaría que se me reconociera: como una arquitecta que sabe captar la medida del esfuerzo, del trabajo... estando siempre en los límites, intentando crear tensiones sin sobrepasar y sin quedarse nunca por debajo. El equilibrio es difícil, pero es lo que hace que algo sea grande y sublime. La Torre Cube tiene eso: es amable pero majestuosa a la vez, se impone pero no se te impone... Eso es estar en el límite y en la medida al mismo tiempo.

¿Con qué disfruta más: con una obra pública, con viviendas particulares o con interiorismo?

Siempre con la obra pública, porque me encanta la responsabilidad cívica que engloba. Intento transformar cualquier cosa que se me pida en un espacio público, en una parte de la ciudad. Me gusta pensar con la conciencia y el deber de ciudadana y de arquitecta a la vez.

¿Qué es lo que da sentido a una obra?

El uso. Las situaciones que es capaz de generar. Yo concibo la arquitectura como un lugar que ha de crear sensaciones, relaciones, uso... y si las relaciones que propicia son fácilmente identificables por los usuarios, esa arquitectura será rápidamente asimilable por los demás. Las catedrales se crearon para crear sensaciones de espiritualidad y religiosidad, y la gente se identificaba rápidamente con eso.

¿Y si el uso que el cliente da a su obra no es el que usted había planificado?

A veces ocurre eso y experimentas una cierta incompreensión. Ves tu obra no entendida, porque el mundo es a veces tan vulgar y tan opaco, que sólo se valora lo comercial y lo productivo, y se pisa lo poético en nombre de otras cosas que a la larga no van a ser lo que se espera. Por eso es tan importante la relación con el cliente y que éste se involucre también en la aventura.

¿El arquitecto ha de educar al cliente?

No es tanto educar como explicarse bien y saber escuchar al cliente para poder reinterpretar lo que nos está pidiendo. Es un juego de dar y tomar. Si lo que el cliente dice y pide no gusta al arquitecto, éste ha de estar muy atento para poder ir a la verdadera esencia y poder reinterpretarlo. Hay muchas cosas que la gente hace por lo que representan. Por ejemplo, piden balaustradas porque antes era el señor noble el que las tenía y se las relaciona con el poder y el estatus social, y el arquitecto ha de intentar liberar a la gente de esos prejuicios, darles seguridad y libertad, y eso se consigue con mucho diálogo.

¿Qué piensa de la arquitectura espectáculo, que sólo busca hacer extravagancias?

Pienso que los que la hicieron perdieron la medida, algo que a mí me preocupa mucho. Y tanto esfuerzo ¿para qué? Llamen la atención, tienen un éxito rápido, pero en realidad sólo es arquitectura de consumo fácil a través de la mirada y nada más. El tiempo dirá y demostrará que está sobredimensionada, hecha innecesariamente con demasiado esfuerzo.

¿Cómo introduce la sostenibilidad en sus obras?

Siendo responsable. Antes la arquitectura era totalmente sostenible porque se tenía en cuenta la orientación, el entorno, el clima, los materiales adecuados al lugar... Hay que volver al sentido común, que es algo que se está dejando de lado. Y yo lo reivindico por encima de todo. No hace falta más. ■